
Número 6

El amo de mañana, comanda desde hoy — Jacques Lacan

Lacan Cotidiano



Nº6

SUMARIO

Nueva Controversia dentro del Campo Freudiano

EL FINAL DEL PSICOANÁLISIS?

¿SÍ O NO?

Desde Europa:

El final de la filosofía, el final del psicoanálisis — Enric Berenguer

Apuntes sobre el final del análisis — Gustavo Dessal

Desde América Latina:

Una convocatoria a Otro inicio — Ernesto Sinatra

¿Jorge Alemán entrevé (la mueca d)el futuro? — Juan Fernando Pérez

El psicoanálisis está vivo. ¡La hora de lo real! — Clara M. Holguin

El fin... de la deriva laclausiana — Antonio Aguirre Fuentes

DESDE EUROPA

El final de la filosofía, el final del psicoanálisis Antipolítica y antipsicoanálisis

Enric Berenguer (Barcelona)

En *El final de la filosofía*, se pregunta Heidegger en qué sentido habría llegado la filosofía a su final en la época presente, en un mundo donde es el conocimiento científico, investigación empírica del ente en sus diversas formas, el que parece haber tomado el relevo de toda otra forma de pensar, haciendo desaparecer el pensar sobre el pensar mismo y sus condiciones de posibilidad. Este sería entonces un sentido posible a dar al “fin de la filosofía”, ante el cual el

filósofo de Friburgo se rebela, recordando que desde la filosofía griega se empezaron a formar, a partir y como efecto de la propia reflexión filosófica, diversas ciencias, aunque emancipadas de ella y con la pretensión, en parte justificada, de autosuficiencia.

Esta recurrencia del “fin” se debería interpretar entonces como vinculada estructuralmente a momentos de “acabamiento”, en el sentido de culminación. El surgimiento de la ciencia sería entonces consecuencia de todo momento de terminación conclusiva de la filosofía en cada instante histórico de su reflexión. En cualquier caso, según él, el desvío de la atención pensante hacia el ente es, por un lado, momento de riesgo en el que la filosofía puede olvidarse a sí misma, pero también momento posible de un retorno al fundamento de la tarea de pensar. Es en ese punto donde existen las condiciones para que vuelva a plantearse la cuestión de la *Lichtung*, del “claro”, en el que se sitúa la posibilidad de un pensamiento dirigido al ser. ¿En qué sentido sería pertinente (o no) aplicar, por analogía, esta reflexión heideggeriana sobre el fin de la filosofía al psicoanálisis, planteando un “fin del psicoanálisis”?

Si es la ciencia lo que surge como resultado de la filosofía y plantea el riesgo de la fuga de aquello que le es propio (al mismo tiempo que la posibilidad de una vuelta a su fundamento), ¿qué ocuparía para el psicoanálisis, de creer en esta proporcionalidad, el lugar y función de consecuencia, y por tanto posibilidad de olvido y opuestamente de refundación? Deduzco, de debates recientes, que se trataría de la política. Entonces, quizás la tensión entre estas dos posibilidades, la del olvido y la de la vuelta a los fundamentos, se situaría en la oposición entre dos máximas: “la política es el inconsciente” (que daría lugar a la posibilidad de una aplicación empírica del saber del psicoanálisis a la política) y “el inconsciente es la política” (que concierne a la posibilidad de una política del psicoanálisis que es difícil no calificar de “antipolítica”, en un sentido análogo al del término “antifilosofía”, surgido como se sabe en un debate coyuntural con Althusser, pero que tiene su alcance). A lo largo de su historia de 117 años, el psicoanálisis se ha encontrado en varias ocasiones ante el vértigo de un final. Y en cada ocasión, el final como olvido y como oportunidad de vuelta a los fundamentos se ha planteado. Del final como olvido, es decir, como aplicación empírica, a un campo distinto del propio del psicoanálisis, de algún saber obtenido en la experiencia analítica, conocemos varios nombres: Jung, Adler, Reich, son algunos de los más emblemáticos, pero también Hartmann y Kris, ya en otro momento –significativo,

además, por ser el del reencuentro con un Nuevo Mundo que ya no iba ser ya contagiado por la peste, sino que iba a traer al psicoanálisis algo parecido a la peste. En cada ocasión de final-olvido, Freud encontró fuerzas para una vuelta a los fundamentos. Y esta capacidad de Freud, su apuesta ética por el inconsciente –en su dimensión de real que resiste a toda explicación, a toda deducción de un saber empírico aplicable más allá de sus condiciones de posibilidad se tradujo en lo que ha quedado como hitos de su obra, tales como, por citar sólo dos ejemplos, *Más allá del principio del placer* y *Análisis finito e infinito*. Pero también el psicoanálisis encuentra la posibilidad de su olvido o de su refundación en cada momento en que un analista se enfrenta a la responsabilidad de su acto ante un analizante cualquiera, en cualquier rincón del mundo, cada día, en cada sesión. Se trata de un zona peligrosa, un borde que es siempre arriesgado transitar y que muchas veces se connota con la angustia. Aunque hay otros afectos también posibles, que surgen en un borde ya exterior en la que el fin tiende al olvido. No pocas veces se percibe ahí cierto entusiasmo, la sombra de un “al fin”, de un *eureka* que resulta de haberse liberado del peso de la responsabilidad por causa analítica, que no es la más fácil de sostener en la zona de contacto con otros discursos.

Jacques Lacan produjo en su día, con la teoría de los cuatro discursos, una actualización de la *Psicología de las masas* de Freud. El entusiasmo fue desmedido en cierta parte de su entorno y también más allá, ante aquella prodigiosa producción de saber, que prometía estar cargada de “aplicaciones”. Es difícil no pensar que un buen político se hubiera podido beneficiar de ciertas aplicaciones prácticas de esa elucidación de los mecanismos del discurso del amo. Superando incluso la aplicación por parte del sobrino de Freud, recientemente recordada por JAM en Turín, de cierto saber del psicoanálisis para conseguir que todo le mundo anglosajón consumiera *eggs and bacon* para el desayuno. Pero Lacan no se quedó en eso, no se fascinó por su propia capacidad asombrosa para describir los mecanismos de la dominación, que tanto parecían confirmar los poderes del significante. Esto, que en otro momento de su enseñanza quizás le hubiera confortado, ya no le sirve. De inmediato se adentra en la conceptualización del semblante, a partir de la cual pone rumbo a un real que se escapa y que es capaz, ni más ni menos, de poner en cuestión la propia posibilidad del psicoanálisis. Y en ello encontrará de nuevo la posibilidad de situarse y de situarnos frente a otro momento de la doctrina en el que se abre la posibilidad de un adiós al psicoanálisis o de un reinicio. De *Encore* en

adelante.

Hace tiempo que el psicoanálisis lacaniano se beneficia de la decisión con la que Jacques-Alain Miller nos animó a adentrarnos en esa zona difícil, en la que seguimos encontrando los fundamentos de nuestra acción, allí mismo donde esta parecería disolverse en la semblantización generalizada, en el refugio en las “evidencias” de la ciencia o en la huida hacia acciones como la acción política en las que lo específico de la acción lacaniana puede borrarse entre las brumas del éxito social. El ejemplo reciente de la escuela de Recalcati-Renzi en Italia, mal nombrada, muestra un momento así, de entusiasmo, en el que se franquea la zona compleja, llena de grises, en la que es imprescindible y al mismo tiempo difícil no perder la orientación del psicoanálisis como antipolítica, para arrojarse alegremente a la zona de falsas claridades en la que se trata, más bien, de una política apoyada en el uso empírico de un saber obtenido en la experiencia analítica –propriadamente un antipsicoanálisis.

Heidegger es consciente de la ambigüedad de la zona estrecha en la que se mueven las apuestas que rodean al “fin de la filosofía”. Y sitúa bien la *hybris* que podría estar en juego en quien por ella se adentra. Así, escribe: ¿Qué clase de tarea del pensar es esa que, según parece, implica la afirmación de que la Filosofía no ha estado a la altura de la “cosa” del pensamiento, habiéndose convertido, por consiguiente, en una historia de la mera caída? Y enseguida plantea la pregunta: ¿No habla aquí la presunción de querer situarse sobre la grandeza de los pensadores de la Filosofía? Esa sospecha aparece con insistencia, pero es fácil eliminarla, ya que cualquier intento de hacerse una idea sobre la supuesta tarea del pensar, se ve remitido a una mirada atrás, hacia la totalidad de la Historia de la Filosofía. Su conclusión es por tanto optimista. Escribe, creo recordar, antes de los acontecimientos que empezaron con su entusiasmo por la puesta de su filosofía al servicio del régimen nacionalsocialista hitleriano. Y todo lo que de ello se derivó, tanto en su vida como en su Alemania y en su mundo. De algunos de sus optimismos tenemos elementos para sospechar. Tratándose de alguien que años más tarde, en 1953, clamó: “Sólo un dios puede aún salvarnos”. En la zona de contacto entre su filosofía y la política, Heidegger se perdió. O quizás se encontró con algo que de sí mismo y de su pensamiento ignoraba. Aunque mucho de ello estaba anticipado en sus *Cuadernos negros*. Del mismo modo, la zona de contacto entre psicoanálisis y política está cargada de

riesgos. Tenemos que seguir construyendo ese borde, asegurándonos de que seguimos del lado del psicoanálisis.

Apuntes sobre el final del análisis

Gustavo Dessal (Madrid)

Pueden hacerse al menos dos lecturas del breve texto que Jorge Alemán ha publicado en Facebook –unas pocas pero contundentes líneas que no obstante han despertado un nuevo revuelo mediático. La primera lectura habría de considerar su reflexión en el contexto de un debate donde se han volcado opiniones para todos los gustos, algunas de ellas sobre temas que ignoraba que formasen parte de una Escuela de Psicoanálisis. Esa lectura me llevaría a interpretar –sin respaldo alguno– las intenciones del autor, las cuales convertirían su comentario en un pensamiento banal. En la situación actual de la polémica, dicha lectura no despierta mi interés. Prefiero, entonces, una segunda lectura, dado que Jorge Alemán propone de forma muy condensada algo que no alcanza el estatuto de una profecía, pero tal vez sí el de un diagnóstico. Creo que elegir esta segunda lectura –tan discutible como cualquier otra– es la que a mi juicio conviene para un tema cuya gravedad no puede rebajarse a un asunto de sujeto, como tampoco al de un simple “suspiro”, como ironiza el autor. La cuestión, como el propio Alemán lo destaca sin ambigüedades, no es el porvenir de la práctica analítica, de sus instituciones, ni de la formación de los analistas. Confundir el final al que Jorge Alemán se refiere, con la desaparición del psicoanálisis, es desentenderse de un problema crucial que por mi parte enuncio en forma de pregunta, más que como una constatación. ¿El psicoanálisis ha llegado

a su realización como discurso? ¿Ha cumplido con su papel histórico y ya no podemos esperar un nuevo desenvolvimiento epistémico de su verdad, o por el contrario tiene su porvenir tan asegurado como el avance de la ciencia? Si mi lectura capta el sentido de lo que esas líneas afirman, yo también me inclino a pensar que asistimos a un momento de concluir que no puede medirse en términos cronológicos. Si Lacan aventuró un futuro en el que la Humanidad llegaría a curarse del psicoanálisis, la pregunta por el final no puede degradarse a la categoría de un juego o cálculo de intenciones. En la advertencia de Lacan no deberíamos poner el acento en el hecho de si el psicoanálisis habrá o no de perdurar, sino en las condiciones por las cuales la humanidad podría curarse de ese síntoma. No es necesario recurrir a la ciencia ficción para percibir que dichas condiciones ya se han producido, aunque no podamos saber aún el tiempo en que la potencia de sus efectos alcanzará su punto crítico. En otros términos, la pregunta por el final del psicoanálisis se postula en torno a su papel histórico como corolario del discurso científico.

Se trata de interrogar si ese papel ha alcanzado el cumplimiento de sus posibilidades, o si por el contrario puede augurarse una reconfiguración de su destino. A la eternidad de la filosofía es preciso añadir la del discurso científico, y en particular el de la ciencia aplicada, cuyo límite no parece vislumbrarse, y que supondrá una mutación radical del sujeto con *lalangue*. El incisivo ensayo de Nicholas Carr, *Is Google making us stupid?* (1), ¿Es que Google nos está volviendo estúpidos? fue un hito decisivo respecto de los efectos que tecnología produce más allá del nivel de los hábitos de vida. Ese ensayo fue una señal de alerta sobre las evidencias de que el uso de la tecnología comienza a transformar la estructura misma del pensamiento en el plano lógico. La pregunta por el final, tal como la leo, no supone en modo alguno la resignación pasiva a las contingencias de lo real bajo el imperio del paradigma contemporáneo. Si el psicoanálisis se enfrenta ahora a su límite histórico, lo hará haciendo resonar la especificidad de su discurso en todos los síntomas de la civilización. Es así como interpreto que la pregunta por el final del psicoanálisis no supone en modo alguno una profecía sobre su extinción.

1: Publicado en The Atlantic:
<https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2008/07/isgoogle-making-us-stupid/306868/>.

DESDE AMÉRICA LATINA

Una convocatoria a Otro inicio

Ernesto Sinatra (Buenos Aires)

Estamos habituados a escuchar las profecías del “final del psicoanálisis” como un eterno retorno: es un *Wunsch* de sus detractores, el de aquellos que —en todo su derecho, por supuesto— no quieren su existencia; ese deseo, luego de haber destilado su tinta envenenada, encuentra siempre el mismo destino: *poubellication*, hasta la vez siguiente, y la siguiente... En esa profecía nunca se trata de “argumentos”, ya que aunque nunca se deje de argumentar, lo que realmente subtiende los enunciados es la pulsión de muerte dirigida al psicoanálisis para intentar borrar el descubrimiento freudiano de la faz de la tierra. Hasta ahí lo conocido, lo habitual, lo repetido; pero ayer hemos leído una nota lanzada por un colega, que, además, pertenece a nuestras filas. ¿Podremos sostener lo antedicho? Analicémoslo. Por supuesto que en lo que refiere a nuestro ámbito, la problemática del fin del psicoanálisis es un campo de investigación, y como tal se halla abierto a la polémica: cómo finaliza cada análisis, la decisión de su término; el punto de conclusión... Pero la nota apunta a otra cuestión, perteneciente a un interesante debate de la filosofía política, aplicado ahora al concepto al psicoanálisis, y que nuestro colega conoce muy bien y ha trabajado en diversas ocasiones sobre *El final de la historia*: debate en torno de un concepto hegeliano —actualizado por Kojève y más recientemente en la caída del muro de Berlín por Fukuyama— que sanciona la culminación de un proceso histórico. Más que final —término que tiende a sacudir la modorra de las existencias para interpelarlas, provocando no solo al sujeto de la historia, sino a sus

correligionarios— referirse al final de la historia, ¿no suele acaso propiciar el llamado a una *Aufhebung* superadora de ciertas coordenadas político-sociales, las que precipitarían en un nuevo orden? La cuestión llama a un debate más que fructífero, incluso aplicado al psicoanálisis. Pero no podemos hoy referirnos a ese debate fuera de su contexto: la actualidad política institucional que lleva por marco la Conferencia de Jacques-Alain Miller en Madrid y el debate posterior que ha provocado en la AMP; en estas coordenadas, considero, es preciso leer la nota de nuestro colega Jorge Alemán, la que por su metonimia enunciativa adquiere un tono profético. Ya que más allá de lo epistémico, y más allá de cualquier pretensión aclaratoria: El final del psicoanálisis, se continúa con un subtítulo que evidencia que no se trata de un final, final —*Solo en el Final adviene el Otro inicio*— lo que obliga a considerar la reflexión como una propuesta, una convocatoria a Otro inicio... Por ello, quizás convenga recordar que El psicoanálisis —como tal— no quiere, quiso ni querrá... nada. Hay psicoanalistas que hablamos en su nombre y solemos hacer pasar nuestros deseos por los de El psicoanálisis. Jacques Lacan, en la primera clase de su *Seminario XII* diferenció con claridad los problemas cruciales del psicoanálisis de los problemas de los psicoanalistas, y no resulta —hoy más que nunca— ninguna obviedad destacar esa diferencia para tenerla cada uno de nosotros presente.

¿Jorge Alemán entrevé (la mueca d)el futuro?

Juan Fernando Pérez
(Medellín)

En una entrevista realizada por el semanario *Le Point* a J.-A. Miller en agosto del 2011, éste recuerda varias de las profecías de Lacan y destaca que en cada caso Lacan acierta; por ejemplo, sobre el retorno de las religiones, o sobre el paso del *Uno* de la fusión al *Uno-solo*, y sobre otras más. Entonces el entrevistador plantea si es que acaso Lacan tenía una bola de cristal. Miller responde: “No era Nostradamus, pero, de hecho, se puede descifrar nuestro presente en su gramática y entrever la mueca del futuro que nos espera”. Es decir que, desde una lógica clara, Miller precisa que es posible “entrever la mueca del futuro que nos espera” con la condición de “descifrar nuestro presente en su gramática”. Alemán profetiza el final del psicoanálisis; pero para un juicio tan contundente como éste (en ello Alemán no es más que otro de los que lo han profetizado, los que van desde Eysenck hasta M. Bunge y *tutti quanti*, en cada caso armados más con el deseo y el odio por el psicoanálisis, que a partir del desciframiento de una gramática del presente. ¿Alemán ha establecido la gramática que rige tal final? Siendo esta la primera vez en la que parece exponer tal idea (se sabría ya si hubiese definido esa gramática), solo invoca para su profecía, opiniones, interpretaciones ligeras y ambiguas (de nuevo dirá que solo augura una nueva vida para un “Lacan abierto”) de acontecimientos que solo adjetiva, de los que solo dice que son “desconcertantes, geniales, penosos, míseros o grandiosos [que] dan testimonio de su Final”. Es claro que como tanto profeta con prisa, Alemán desdeña la búsqueda de una gramática para sustituirla por el afán de hacerse profeta y por la ambigüedad.

El psicoanálisis está vivo. ¡La hora de lo real!

Clara M. Holguín (Bogotá)

El coco y la cólera.

El coco nos despierta como en la pesadilla. Quiere que no tengamos miedo, quiere que no seamos sumisos. Y su cólera... ese afecto que aproxima a lo real, muestra que las clavijas no entran en el agujero. La hora de lo real es el fin de la novela, no el fin del Psicoanálisis. Muy al contrario. ¡Nunca más vivo, nunca más próximo a lo real! Los enredos entre los semblantes de la verdad y la mentira se oponen a la hora de lo real, donde no se trata ni de suposición, ni de creencia, pues como dijo M. Tarrab, quien denuncia la falta de pudor, digan lo que digan las pantallas, el avión saldrá o no saldrá y a esa hora hay que estar ahí si uno quiere partir!. Equiparar el no-engañando y el no-púdico es lo que condena al desabonado del pudor al "errar" (Lacan J., *Los no incautos yerran*). Más que decir que el psicoanálisis es el revés del discurso del amo, su actualidad reside en señalar que el inconsciente es la política. Convergencia entre el Psicoanálisis y la civilización. Se apunta al mismo lugar, "el fin de la novela", un real sin sentido. Efectivamente, la política no nos es ajena. Es lo que comprendí antes de tomar el avión a mi patria, "silenciosa", "colonizada". Ha dejado su marca. "Eso" que está afuera, la política, hace marca en cada *parlêtre*. ¿Cómo leer esas realidades? ¿Cómo cada uno es afectado por ella? El Psicoanálisis juega su partida en la dimensión de un real que fracasa. Único real que permitirá no renunciar a la libertad de pensamiento y hacer de él una "fuerza política".

Un psicoanálisis "múltiple, articulado, discutido".

El fin... de la deriva laclausiana

Antonio Aguirre Fuentes

(Guayaquil)

Cuando Jacques Lacan habla, en *la Tercera*, del triunfo de la religión sobre el psicoanálisis, lo da como una posibilidad. El psicoanálisis cesaría de escribirse. Un real que sería ahogado por el sentido, por la debilidad imaginaria, apagando una pequeña luz que ha brillado durante un tiempo breve. Ya Freud había dicho, serenamente, que aquello que era valioso y perecedero cobraba entonces un mayor aprecio. El filósofo del fin ¿espera el advenimiento de un dios? ¿lamenta el desengaño de la utopía emancipatoria laclausiana, devenida tiranía y servidumbre? Hizo falta el acontecimiento Freud para que el psicoanálisis exista, a partir del giro al reverso del discurso del amo. Decía JAM que el psicoanálisis está preescrito en la estructura. Pero le toca a los analistas sostenerlo, encarnarlo, hacerlo decir para mantener el "filo cortante". Un desengañado abandona el esfuerzo. Pero no porque la religión haya triunfado todavía.

El psicoanálisis sobrevive. ¿Lo ha defraudado su esfuerzo de convertir en "lacaniana" –versión Ernesto Laclau– a una izquierda totalitaria? ¿o vio en ZADIG lo que ponía fin a una deriva que iba en dirección a hacer del psicoanálisis una rama partidaria?

Tendremos noticias del espectador cansado. Las recibiremos sin mortificación y con buen ánimo. Aun si estamos muy ocupados.

Lacan Cotidiano

Redactor jefe: Miquel Bassols

Redactora adjunta: Margarita Álvarez

Comité ejecutivo: Jacques-Alain Miller, presidente

Miquel Bassols, Eve Miller-Rose, Daniel Roy

- Comité de dirección

Lacan Cotidiano, « La parrhesia en acto », es una producción de Navarin éditeur 1, avenue de l'Observatoire, Paris 6e – Siège : 1, rue Huysmans, Paris 6e – navarinediteur@gmail.com

Directora, editora responsable : Eve Miller-Rose (eve.navarin@gmail.com).

Jefe de Redacción : Daniel Roy (roy.etenot@gmail.com).

Editorialistas : Christiane Alberti, Pierre-Gilles Guéguen, Anaëlle Lebovits-Quenehen.

Cronistas: (ya vendrán)

Maquetistas : Cécile Favreau ; Luc Garcia. Electronico : Nicolas Rose.

Secretariado : Nathalie Marchaison.

Secretaria general : Carole Dewambrechies-La Sagna.

Comité ejecutivo : Jacques-Alain Miller, presidente ; Eve Miller-Rose ; Daniel Roy.

- Responsable de la traducción al español y de la maquetación:
Mario Elkin Ramírez marioelkin@gmail.com por la Nueva Escuela
Lacanianiana.